

# SEXUALIDAD EN LA INFANCIA EN LAS MEMORIAS DE SALVADOR NOVO Y ELÍAS NANDINO<sup>1</sup>

Mauricio List Reyes<sup>2</sup>

**Resumen:** El presente artículo explora en las memorias de los poetas mexicanos Salvador Novo y Elías Nandino, conocidos como parte de Los Contemporáneos, sus memorias, específicamente la sección dedicada a su infancia, en donde cada uno de esos autores relata los inicios de su vida sexual con otros varones en el México rural de principio del siglo XX. La intención es conocer la manera en que ambos autores pudieron vivir su homosexualidad en un periodo convulso de la historia de México.

**Palabras Clave:** Sexualidad. Homosexualidad. Infancia.

# SEXUALIDADE NA INFÂNCIA NAS LEMBRANÇAS DE SALVADOR NOVO E ELÍAS NANDINO

**Resumo:** Este artigo explora nas memórias dos poetas mexicanos Salvador Novo e Elías Nandino, conhecidas como parte de Os Contemporâneos, suas memórias, especificamente a seção dedicada à infância, onde cada um desses autores relaciona o início de sua vida sexual com outros homens na zona rural do México no início do século XX. A intenção é conhecer o modo como os dois autores conseguiram viver sua homossexualidade em um período turbulento na história do México.

**Palavras-Chave:** Sexualidade. Homossexualidade. Infância.

Los Contemporáneos es en definitiva una abstracción, entendiendo por esto la imposibilidad de atazarlos, de asirlos correctamente. La clasificación común, la superficialidad del análisis de sus componentes vistos sólo desde la poesía, incluye con cierta relatividad a Carlos Pellicer, Jaime Torres Bodet, José Gorostiza, Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo,

---

<sup>1</sup> Este trabajo forma parte del proyecto de investigación "Memorias de las masculinidades disidentes en España e Hispanoamérica" (PID2019-106083GB-I00).

<sup>2</sup> Doctor en Antropología. Profesor Investigador en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México. E-mail: mauriciolist@gmail.com.

Jorge Cuesta, Xavier Villaurrutia, Elías Nandino, Salvador Novo y Gilberto Owen.  
Luis Mario Schneider

El siglo XX mexicano inicia, de acuerdo con algunos autores, al final del *Porfiriato*, es decir, cuando termina el gobierno del dictador Porfirio Díaz, que se había prolongado por treinta años, y que dio pie a una revolución que después de varios años de lucha llevó al establecimiento de las instituciones que organizaron la vida del país hasta nuestros días. Es al final de ese periodo decimonónico que nacieron muchos de los artistas, escritores y poetas que serían conocidos como *Los Contemporáneos*, un grupo de intelectuales que colaboraron en la revista del mismo nombre. Arturo Saucedo dice de ellos:

Calificados por quienes carecían de mejores argumentos – o, simplemente, de argumentos – como apátridas, elitistas o maricas, los Contemporáneos no se sometieron, pero tampoco se llenaron de rencores ni se manejaron con ánimos vindicativos, aun cuando se les quiso relegar al universo de los raros y se les regatearon sus enormes aportaciones al desarrollo de la cultura de nuestro país. Lo aceptaron como parte del costo que tuvieron que pagar por la construcción de un espacio propio y por su insubordinación intelectual y moral.

Los Contemporáneos, resolvieron con diferentes estrategias su conflicto con la Revolución, con su lado bárbaro, su contenido autoritario, dogmático, centralista y discriminatorio. Sin embargo, nunca dejaron de valorar sus efectos positivos en la transformación social de México, en el surgimiento de una nueva conciencia después del letargo porfirista (SAUCEDO, 2016, p. 30).

Dos de esos intelectuales son de interés para el presente escrito: Salvador Novo y Elías Nandino. Los tempranos años de la vida de ambos poetas estuvieron marcados por esa sociedad convulsa que frecuentemente vio de cerca la lucha armada. A pesar de haber nacido en la ciudad de México, Salvador Novo vivió sus primeros años, igual que Elías Nandino, en el México rural, lo que sin duda imprimió formas peculiares de socialización en ambos escritores.

De entre Los Contemporáneos, estos dos poetas decidieron en diversos momentos de su vida adulta, elaborar obras a partir de sus memorias<sup>3</sup>, en las que pusieron atención en su infancia y pubertad, relatando algunos pasajes sobresalientes del inicio de su vida sexual. Son esos pasajes de sus textos los que me interesa explorar en el presente artículo, pues considero que nos ayudan a comprender, en primer lugar, el papel que su sexualidad tuvo en el desarrollo de su trabajo literario, pero igualmente permiten examinar un tema que ha sido escasamente abordado, y me refiero específicamente a la manera en que los varones homosexuales van explorando sus cuerpos, sus sentidos y finalmente su sexualidad durante la infancia, en parte por la escases de relatos autobiográficos y otras fuentes orales y escritas, que hagan referencia a una etapa de la vida de varones homosexuales en la que tuvieron que enfrentar la discriminación y la violencia que su orientación sexual conllevaba, en una época en la que escasamente se hablaba del tema abiertamente.

A pesar de que en los últimos años hemos visto un creciente número de investigaciones sobre sexualidad y género desde diversas perspectivas académicas, es claro que nuestro conocimiento sobre estos temas a lo largo del siglo XX es incipiente. Conocemos algunos hitos históricos, pero aún se encuentra pendiente conocer de qué manera la sociedad mexicana fue afrontando a un sector que se salía de los marcos normativos. Particularmente me ha parecido importante comprender en esa historia, de qué manera los niños sobrevivieron a una educación machista, misógina y homofóbica. Cómo es que en su edad adulta pudieron vivir su orientación sexual, después de enfrentar una infancia en la que además de no contar con información ni referentes visibles, todos los discursos eran de abierta censura a cualquier transgresión en términos de género y de heterosexualidad.

Vale la pena recordar que la homosexualidad en México encontró su mito fundante en un escándalo conocido como *el baile de los 41*. Dice Carlos Monsiváis:

---

<sup>3</sup> [...] las memorias son apenas lo que se espuma de un caudal inmenso y permiten consignar la trivialidad significativa para el autor y omitir, acaso, algún hecho importante. En ellas se admite la digresión, las reflexiones y los juicios; se les perdonan las fantasías [...] (Jurado en Videla, 2006, p. 188).

[...] el 20 de noviembre de 1901, en la calle de la Paz, la policía interrumpe un baile de homosexuales, travestis y vástagos de familias notables del porfiriato. Al instante, la redada adquiere perfiles legendarios; a la mayoría de los detenidos se les envía a Yucatán a trabajos forzados, y, según el nunca desmentido rumor popular, uno de los asistentes a quien se libera de inmediato es Ignacio de la Torre, el yerno de Porfirio Díaz (1998, p. 14).

Algunos de esos 41 sufrieron fuertes castigos por su comportamiento indecente, pero lo que más llama la atención fue la resonancia que tuvo el hecho, y que llevó a que la prensa de la época le diera amplia cobertura. El famoso grabador José Guadalupe Posada en una de sus obras escribió:

Aquí están los maricones  
muy chulos y coquetones.  
[...]  
Cuarenta y un lagartijos  
disfrazados la mitad  
de simpáticas muchachas  
bailaban como el que más.  
La otra mitad con su traje,  
es decir de masculinos,  
gozaban al estrechar  
a los famosos jotitos.

El número 41 quedó así marcado para la historia mexicana como el que señala al homosexual hasta nuestros días. Fue ese el contexto en el que nacieron y se criaron ambos escritores. Un México que hacía alarde de masculinidad y machismo, en una época en la que la lucha armada mantuvo en vilo al país, y en el que la violencia no se limitó al asesinato del enemigo, sino que permitió la violencia sexual, de género, feminicida y que los crímenes de odio proliferaran, y con frecuencia de forma tumultuaria, con absoluta impunidad.

No obstante estas circunstancias, ambos autores vivieron su vida sexual de acuerdo con su convicción, y en el caso de Novo, hasta con descaro,

lo que mantuvo una constante tensión con diversos sectores intelectuales y políticos que se confrontaron abiertamente con Los Contemporáneos.

La estatua de sal y juntando mis pasos

Parece, empero, que casi siempre hacia el tercero o cuarto año de vida del niño su sexualidad se expresa en una forma asequible a la observación.  
Sigmund Freud (1905)

En 1945, Salvador Novo escribió *La estatua de sal*, dejando inconcluso el texto al que ahora me referiré. Para aquella época Novo ya era una figura conocida gracias a sus trabajos literarios y sus diversas colaboraciones en publicaciones periódicas, lo que ya lo había hecho acreedor de ataques por parte de algunos intelectuales cuyo fundamento era principalmente la homofobia. Este texto se publicó de manera póstuma a finales de los años noventa del siglo pasado, es decir, casi cincuenta años después de haber sido escrito.

Elías Nandino por su parte, escribió sus memorias con el título *Juntando mis pasos*, cerca del final de su vida. Habiendo superado los noventa años de edad quiso hacer un texto que se contrapusiera a una obra biográfica que había sido publicada sin su autorización.

En ambos casos, los recuerdos de la infancia son reseñados desde una mirada adulta, que interpreta ciertos hechos para darles sentido a la distancia, e intentar comprender el punto de partida de una sexualidad que confrontaba las expectativas familiares, y que sin duda marcó la obra literaria en ambos casos.

Pilar Anastasía en una reciente investigación señala.

En el campo de los estudios de las ciencias sociales y humanas, las investigaciones que entrecruzan las categorías de sexualidad e infancia son escasas, inclusive podríamos decir que son casi inexistentes. Esta ausencia de investigaciones al respecto puede ser leída, con los aportes de Sedgwick, como un silencio activo y productivo de los campos de estudios en los que no se produce conocimiento sobre estas dimensiones implicadas entre sí (ANASTASÍA, 2020, p. 3).

A ello tendríamos que añadir que los que abordan la cuestión de la orientación sexual en la infancia son aún menos, y regularmente están relacionados con las inquietudes que surgen de padres que miran aterrorizados a su pequeño hijo con actitudes consideradas “femeninas”.

De ahí que resulte tan difícil encontrar trabajos que permitan observar de qué manera se expresa la sexualidad en una temprana etapa en la vida infantil. La mayoría de los autores interesados en el conocimiento antropológico o sociológico de la sexualidad, y más específicamente de la sexualidad no heterosexual, ponen su atención, en el mejor de los casos, en la adolescencia o juventud, pero hay un claro temor a explorar etapas más tempranas de la experiencia infantil.

Resulta complejo referirse a las primeras experiencias sexuales de los varones debido a que para muchos de ellos no acaba de quedar aun claro ese sentido sexual de los contactos, juegos y otras prácticas mantenidas en la infancia. La curiosidad que lleva al descubrimiento del propio y del cuerpo del otro, en ocasiones no implica necesariamente la identificación de sensaciones que puedan ser registradas de forma diferenciada, con otra clase de contactos en esa temprana etapa. A lo que me refiero es que para el infante una caricia puede ser identificada como un contacto agradable, y hasta placentero, independientemente de las intenciones de quién lleve a cabo dicho contacto. Es cuando se analiza retrospectivamente esos contactos cuando para ese adulto empiezan a adquirir un sentido sexual esas experiencias infantiles.

El final del siglo XIX, como ha mostrado Alberto del Castillo, se puso atención particular en los niños en aspectos como la salud y la educación:

Este asunto trasciende lo meramente anecdótico y contiene implicaciones profundas, que nos llevan a reflexionar en una lectura moral, en la que algunos elementos religiosos tradicionales se han secularizado en la perspectiva médica de finales del siglo XIX. De esta manera, resulta de interés seguir el pensamiento de la época, según el cual, estos alumnos que aprendían a escribir y a sentarse correctamente, lograrían con ello pensamientos y comportamientos “correctos”, alejados de los “vicios” y la “inmoralidad”. Estaríamos, pues, frente a un proyecto moral encabezado por la ciencia, y en el que

la higiene, con todo su prestigio, desempeñaría un papel fundamental (CASTILHO, 2001, s/p).

En este ambiente, los niños en general permanecían ignorantes en relación con la sexualidad prácticamente hasta la edad adulta...a menos que fueran obteniendo información por vías informales: “Mi grupito de amigos y yo escogimos un lugar muy escondido, donde platicábamos, comíamos tamarindos con sal y muchas veces, nos mediamos los pipís para ver quién lo tenía más grande. Al mayor de todos le gustaba chuparnos el pipí” (NANDINO, 2000, p. 4). El relato de estos juegos ingenuos que hace el escritor permite acercarse a esa exploración de un mundo de sensaciones desconocidas. En una entrevista que hice recientemente para indagar las tempranas experiencias sexuales de un joven originario de una pequeña localidad mexicana, me decía que no estaba seguro que contara como sexual un pasaje de su infancia en el que jugando con otro niño habían estado explorando mutuamente los cuerpos. Por supuesto, es la mirada adulta la que a final de cuentas le da el sentido sexual a dicha interpretación. Y precisamente es esa mirada adulta la que mantiene el control y el orden en los juegos de los niños. Así, volviendo al relato de Nandino cuenta cómo fueron descubiertos por un adulto para luego ser acusados por mantener dicha actividad.

Foucault refiriéndose a la sociedad victoriana, señala el papel de médicos y pedagogos en la prevención del onanismo y otras prácticas infantiles que hay que evitar y para la cual se va generando toda una tecnología en torno al sexo (FOUCAULT, 1991). Sin embargo, lo que los testimonios de ambos autores muestran es que no se trata muchas veces de actos solitarios sino que son producto de los procesos de socialización.

Salvador Novo recuerda:

De esa época datan mis primeros recuerdos sexuales [...] Había en casa un mocito, de nombre Samuel, con quien me ponía a jugar. Mientras jugaba solo, con mis cubos y mis cajas vacías de galletas, que construían altares, no necesitaba de más. Pero cuando jugaba con aquel chico, yo proponía que el juego consistiera en que fuéramos madre e hijo, y él entonces tenía que chupar mi seno derecho con sus labios duros y su lengua erecta. Aquella caricia me llenaba de un extraño placer, que no volví a

encontrar sino cuando muchos años más tarde al sucumbir a la exclusividad de su tumescencia, retrajo a mi recuerdo aquella primera y quizá definitiva experiencia, que a toda la distancia de su adquisición como forma predilecta de mi libido adulta, puede haber sido el trauma original que la explique (NOVO, 1998, p. 47).

Este fragmento del texto de Novo me permite apoyar mi planteamiento en el sentido de que es la mirada adulta la que le da la interpretación sexual a un juego infantil, que seguramente tuvo un carácter muy distinto en la mentalidad de un chico que acudía a la escuela de párvulos. El escritor, al recordar su infancia, evoca de manera constante, por un lado, la certeza de la belleza propia, y por otro, se sabe beneficiario de ciertos privilegios que independientemente de las circunstancias pretende mantener.

A pesar de que en ambos casos vivieron su infancia en contextos rurales, fueron niños que tuvieron la oportunidad de forma discontinua de acudir a la escuela, en la medida de que la revolución lo permitió, lo que les dio la posibilidad de experimentar su infancia al lado de otros chicos de su edad, y a la vez estar exentos del trabajo campesino que muchos otros menores, en esos contextos, debían asumir aún hasta nuestros días. En ese sentido, hubo un reconocimiento de su condición infantil y ciertas expectativas respecto a su desarrollo en el contexto familiar de cada uno de ellos.

En ambos casos mientras el padre se dedicaba al comercio, la madre atendía las labores domésticas. No obstante, mientras que el padre de Nandino era un sujeto violento que lo mismo podía golpear a su mujer que a su hijo, en el caso de Novo, la madre era quien mantenía el papel de autoridad familiar, protegiendo al hijo y manteniendo una fría relación con su cónyuge.

Me parece interesante notar las grandes diferencias entre ambos niños. Claramente Novo es un niño mimado, solitario, con una actitud afectada que quiere ser admirado en su belleza. Por su parte, Nandino tiene una relación con los chicos de su edad que le permite participar en muchos juegos y tener otra clase de interacciones. A pesar de que tiene una educación religiosa que eventualmente lo llevará incluso a explorar el ingreso a un seminario, ello no le impide escudriñar diversos contactos y encuentros con otros chicos de su pueblo. De acuerdo con su texto, no hubo una actitud o

comportamiento que lo diferenciara del resto de los niños de su edad, por el contrario, mantuvo en todo momento una gran amistad y camaradería con ellos, lo que le permitía compartir juegos y otras correrías.

La poza tendría unos seis u ocho metros de largo; de una parte a otra nadábamos, unos yendo u otros viniendo, y Lencho permanecía en una esquina, viéndonos nadar y flotando en el agua. Cuando yo llegaba a su lado, me pellizcaba los muslos. A mi me gustaba que lo hiciera, y cada vuelta subía más la mano hasta que me acariciaba el pipí. Esto se repitió muchas veces hasta que, bien lo recuerdo, se enderezo mi pipí y entonces, ya intencionalmente, su manota me lo agarraba. Como ya estaba oscureciendo tuvimos que salirnos, porque todos habíamos ido a escondidas, sin permiso de nuestras mamás (NANDINO, 2000, p. 12).

Como él mismo señala, si bien no son contactos que busque activamente, es un hecho que no los rechaza, por el contrario, los disfruta mientras es posible y evita mencionarlo a sabiendas de que es algo que debería mantener oculto.

El caso de Novo, debido a la inestabilidad en su lugar de residencia, a la sobreprotección materna y a su mismo carácter, sus experiencias infantiles fueron muy distintas. Novo era un niño solitario, no solía estar rodeado de otros pequeños como él y por tanto sus actividades solían desarrollarse al interior del hogar o en la respectiva escuela.

Esa misma fruición, esa íntima voluptuosidad sin objeto preciso que me unguía con su gozo tibio cuando me hallaba al lado de aquel chico, los rasgos todos de su fisonomía se ha borrado totalmente de mi recuerdo, volvía a experimentarla cuando, otras veces, me salía de la casa después de comer y entraba en el jacal de cañas en que vivía la vieja cocinera: El mayor de sus hijos, Trini, era limpiabotas, y por la tarde, como solía toda la gente bajo el verano abrumador de Torreón, se echaba a dormir siesta sobre el suelo de la desmantelada habitación. Yo abría sigilosamente la puerta, entraba, y me acurrucaba a contemplarlo, vacío de todo pensamiento, de toda intención que o fuera la de grabar en mis sentidos la imagen de sus pies desnudos, de su pecho moreno, de su

cuello sudoroso y de su rostro apaciblemente dormido. Mi respiración recogía, como un misterio más, el olor acre, picante, de su carne (NOVO, 1998, p. 60).

Salvador Novo recupera este recuerdo de su infancia para darle un sentido sensual. Ello nuevamente me permite reflexionar acerca del sentido de esas memorias en el discurso del adulto que las utiliza para constituirse como sujeto con ciertas características.

A pesar de que los contactos con su amigo Lencho lo inquietan no puede resistirse a ellos y no obstante su ignorancia supina en temas de sexualidad, fue identificando formas de placer que le generan miedo y ciertos sentimientos de culpa, pero que deseaba seguir explorando.

Pasó como un mes y me volví a encontrar a Lencho muy cerca de mi casa. Entonces me agarró del cuello y nos fuimos platicando, hasta que llegamos a su casa. En seguida como que me empujó a entrar y yo, obediente, seguí su impulso, y pasamos al patio, después al corral y llegamos hasta el trascorral, que estaba lleno de matas de higuierilla. Nos detuvimos en una barda de adobe que tenía panalitos entre adobe y adobe. De pronto me cogió una mano y la puso sobre su cosa enorme y me apretaba la mano para que yo apretara sin soltarme el cuello, y empezó a mover su mano. Yo sentía susto y a la vez placer. Siguió haciendo movimientos en su miembro, muy de prisa, apretando mi mano más y más hasta que le vino un como ataque y aventó chorros blancos, que se quedaban colgando en los panalitos de los adobes. Después tomó unas hojas de higuierilla y se limpió y limpió mi mano, se guardó su cosa y me impulso a salir. En el camino me dijo: 'No le vayas a contar a nadie esto' (NANDINO, 2000, p. 14).

Una situación que es común en muchas historias repetidas por adultos que recuerdan sus primeras incursiones en la sexualidad, tienen una relación muy cercana con esto. Un chico algo mayor que ha descubierto una forma de placer invita o presiona para ser parte de esa experiencia, en muchos casos se trata de menores, alguno menos ignorante que el otro, y que quiere repetir eso que ha descubierto que le causa placer.

Es interesante en este sentido el contraste con la experiencia de Novo. Por supuesto se siente igualmente atraído por ese muchacho que lo llama y lo lleva a un sitio apartado, pero la reacción ante el pene erecto que le es ofrecido es de horror.

Sin pronunciar palabra, me atrajo a sí, me estrechó con fuerza, y fundió su boca con la mía en un beso largo y húmedo que penetraba con su lengua todos mis sentidos, que desleía su dulzura por todo mi cuerpo, que me daba un acre sabor a tabaco. Sin soltarme, llevó su mano a su bragueta, y extrajo de ella un pene erecto y rojizo que trató de poner en mis manos. Yo lo rechacé, horrorizado. No había visto una cosa semejante, enorme, veteada. Recuperando ávidamente mi boca, Jorge empuño su pene, y vi salir de él unas gruesas gotas grises que chorrearon sobre el piso. Solo entonces me abandonó y con el trapo con el que se limpian los pizarrones, recogió cuidadosamente del suelo lo que había escurrido de su enorme gusano (NOVO, 1998, p. 66).

Nuevamente se evidencia de qué manera la ignorancia sobre el cuerpo y la sexualidad de los pequeños de la época, no le preparó para enfrentarse ni remotamente a una situación semejante. En ambos casos el comportamiento es casi intuitivo, se va aprendiendo sobre la marcha, a medida que se van presentando estas situaciones que como ellos lo expresan, mezclan temor y placer ante eventos y sensaciones completamente nuevas.

#### Conclusiones

[...] aunque ninguno de estos personajes pueda considerarse, en sentido estricto, representativos de sus respectivas culturas, sus voces nos dan claves para comprender los sistemas sociales en los que sus vidas se insertan [...]  
(FEIXA, 2006, p. 40).

Carlos Monsivais, quien escribió el prólogo a *La estatua de sal*, no se detuvo a comentar las memorias infantiles del escritor. Lo que le interesó analizar fue su vida a partir de su juventud adulta, pues lo que importaba era el intelectual y no el niño pequeño fuertemente unido a su madre. De ahí que su inquietud se exprese de la siguiente manera:

¿Qué explica en la década del veinte la emergencia de un pequeño sector de artistas y escritores que, sin previo aviso, vive su opción sexual más o menos “a la intemperie”? O, dicho de otro modo, ¿qué provoca *la visibilidad* de los gays, ese enfrentamiento parcial pero muy efectivo del tabú? A esta *aparición del subsuelo moral*, la explican razones culturales (la difusión de Freud, el fin del aislacionismo informativo del país, los cambios en la literatura internacional, etcétera), pero, sobre todo, el estallido de la Revolución Mexicana, el otro nombre del conjunto de fenómenos que va del anticlericalismo y el laicismo a las batallas y las facciones, a la explosión vital en la capital de la República (MONSIVAIS, 1998, p. 14).

El cronista mexicano observa al cambio de siglo como un momento clave, en el cual se dio un movimiento armado en México, y en el que en el plano internacional igualmente las transformaciones intelectuales y científicas, fueron abriendo paso a nuevos escenarios que dieron la posibilidad a una visión más comprensiva de la sexualidad.

Elias Nandino, como muchos intelectuales de la época, migró a la ciudad de México, donde conoció y estableció amistad con algunos de Los Contemporáneos. Fue así que escritores de diversos orígenes, pero con intereses intelectuales y sexuales semejantes, confluyeron en una época en la que lograron abrirse paso y establecer una presencia fundamental en las letras mexicanas, aún a pesar de los ataques homofóbicos de que fueron objeto. Como pudimos ver, para ambos escritores fue importante mostrar algunos pasajes de su infancia, que expusieran cómo fue ese proceso de reconocer sus intereses sexuales en un momento temprano de su vida, como una forma de decir, «siempre fui así». Son autores que no ocultaron su homosexualidad, pero tampoco hablaron expresamente de ella, y aunque en algunas de sus obras llega a ser incluso explícita, es en estas memorias en donde encontramos ese recuento de esos años. Por supuesto, este discurso no fue exclusivo de esos escritores ni de ese momento. Explorar el pasado identificando esos momentos clave para el reconocimiento de esos intereses y deseos, así como en la exploración de los placeres es una acción común entre varones homosexuales, aunque luego diverja mucho lo que cada quien quiera

hacer con eso. Hay para quien es una forma de excusarse, para otros es una forma de empoderamiento y por último hay quienes intentan comprender el origen de su orientación.

Amaro (et.al.) señalan a las memorias de la infancia de la siguiente manera:

Nada menos fiable, pues, que el recuerdo infantil, ya sea que se evoque ese tiempo como paraíso perdido o tierra de promisión al que el escritor procura volver con cierto dramatismo, ya sea que se instale como metáfora del mundo y las relaciones humanas o que, como sugiere Molloy, los escritores se sirvan de la niñez para declarar, con fingida inocencia, quiénes eran y sobre todo, quiénes son ellos en la actualidad de la escritura, cuál ha sido la historia que les ha llevado al lugar que parecieran ocupar, definitivamente, en sus comunidades (AMARO, 2010, p. 130).

Y más adelante “la evocación del pasado está condicionada por la autofiguración del sujeto en el presente” (AMARO, 2010, p. 134). Este planteamiento nos lleva de nuevo a la idea que expresábamos al inicio del texto ¿qué es lo que buscamos en este tipo de relatos y particularmente en lo que se refiere a la infancia? Para mis intereses de investigación, no es «la verdad» sobre la infancia del autor lo que estoy buscando, lo más valioso de ambos textos es precisamente “la autofiguración del sujeto en el presente”, pues interesa saber de qué manera el sujeto reconstruye ese pasado y le otorga un valor para la comprensión del presente.

[...] cuando una persona, en algún punto entre la adolescencia y la adultez, se re-conoce homosexual, descubre a su vez que fue un niño homosexual. De este modo, ser un niño gay nunca es un hecho presente, sino más bien la re-significación de un espacio temporal ya lejano y perdido (CORTÉS, 2016, p. 436).

Si revisamos la historia escrita de México, tratando de conocer la vida de los sujetos homosexuales en el espacio público del país, veremos que entre los años cuarenta y setenta hay un vacío de información que nos impide conocer las trayectorias de esos sujetos, y la manera en que sobrevivieron a un

ambiente hostil a lo largo y ancho del país. Una y otra vez volvemos a los mismos referentes, y no porque no haya habido otros, simplemente porque se mantuvieron “invisibles”, seguramente siguiendo una estrategia de sobrevivencia frente al odio homofóbico. De ahí el valor de fuentes, como estas memorias, que nos dan algunos indicios de esos procesos, y que son solamente indicios de procesos complejos que se empezaron a investigar con más claridad hasta las postrimerías del siglo XX.

Es claro que los autores intentan mostrar qué clase de infante fueron y cómo llegaron a la posición que ostentaban cuando escribieron sus memorias. No importa que tan ordinarios hayan sido en sus primeros años, La cuestión es cómo esos niños precoces, con esas inquietudes sexuales, lograron el desarrollo de sus trayectorias intelectuales.

Y me lo parece, no sólo por lo que expresan ambos autores, sino por una inquietud recurrente en los sujetos homosexuales, independientemente de cómo vivan su orientación, en el sentido de explorar el pasado para encontrar esas primeras señas de su interés por los sujetos de su mismo sexo.

## References

AMARO, Lorena, Ghislaine Arecheta ESTEBAN Castro y María José DELPIANO. Los saberes ocultos: la infancia en los textos autobiográficos chilenos. *Acta Sociológica*, n. 53, 2010. <http://revistas.unam.mx/index.php/ras/article/view/24302/22836>.

ANASTASÍA, Pilar. *La producción de la (a)sexualidad infantil. Un abordaje de los discursos sobre el grooming en Argentina*. Tesis de Doctorado en Estudios de Genero. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, 2020.

CASTILLO Troncoso, Alberto del (2001). “Moral médica y secularización: el cuerpo infantil en el discurso médico del porfiriato” *Política y Cultura*, núm. 16, otoño, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México. <https://www.redalyc.org/pdf/267/26701606.pdf>.

CORTÉS, Ana M. (2016). “El niño queer o crecer oblicuamente en el siglo veinte, por Kathryn Bond Stockton”. *Literatura y Lingüística*. N° 34. p. 433-448. <https://scielo.conicyt.cl/pdf/lyl/n34/art21.pdf>.

FEIXA Pàmpol, Carles. “La imaginación autobiográfica” *Perifèria*. Revista de Recerca i Formació en Antropologia, n. 5, Diciembre, 2006.

FOUCAULT, Michel (1991). *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI.

MONSIVAIS, Carlos (1998). “El mundo soslayado” en Novo, Salvador *La estatua de sal*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

NANDINO, Elías (2000). *Juntando mis pasos*. México: Aldus.

NOVO, Salvador (1998). *La estatua de sal*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

SCHERER, René (1983). *La pedagogía pervertida*. Barcelona. Leartes.

SAUCEDO, Arturo (2016). “Los contemporáneos y su tiempo” en Museo del Palacio de Bellas Artes. *Los contemporáneos y su tiempo*. México: Secretaría de Cultura.

VIDELA de Rivero, Gloria (2006). “Recuerdos de infancia y adolescencia en la literatura argentina”. *Revista de Literaturas Modernas*. Nº 36 p. 185-206. [https://bdigital.uncu.edu.ar/objetos\\_digitales/1184/videlarlm36.pdf](https://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/1184/videlarlm36.pdf).

Recebido em 18 de julho de 2020

Aceito em 30 de outubro de 2020